

sentaba un color azul verdoso, cuyo fondo tuvimos ocasión de apreciar durante la última marcha sobre el hielo de mar. Aun en el caso de que pudiésemos encontrar un camino sobre el hielo de mar nos costaría mucho trabajo recorrerlo, y el agua producida por el deshielo tal vez nos impediría llegar al paraje más próximo y transitable de la tierra del sur. Ni aun veíamos bloques de hielo que nos pudiesen proporcionar lugar de descanso durante la noche.

El camino, pues, se presentaba cerrado. Al este se levantaba el cabo exterior de nuestra isla, cabo Gordon del mapa Ross. Nos encaminamos hacia esta elevación para examinar las condiciones del hielo en el interior del golfo. Desde allí vimos muy lejos, al norte, parte de tierra firme de nuestro punto de partida y una gran extensión azul de agua sin hielo, que avanzaba hacia el este tan lejos como alcanzaba la vista con aquel tiempo nebuloso. En dirección sur, hallábase el hielo de la bahía igualmente roto, con pequeños claros, hasta el cabo donde nos encontrábamos. Era una sorpresa para los tres ver tanta agua libre en el golfo, cuyo espectáculo nos consoló algún tanto de nuestros contratiempos, con la esperanza de que el «Antártico» lograría encontrar un camino hasta la estación invernal.

Después de este descubrimiento, retrocedimos siguiendo nuestros propios rastros, que empezaban á borrar una copiosa nevada, y cuando después de haber acampado, cerca de las diez, nos preparamos para descansar en nuestra tienda, arreció el temporal de un modo formidable. Ninguno de los tres pudo descansar tranquilamente, reflexionando sobre nuestra triste situación.

Todos nuestros esfuerzos para acudir en auxilio de

los invernantes de Snow-Hill se habían malogrado; el verano tocaba á su fin y teníamos que conformarnos con nuestra mala suerte.

Para salir del lugar donde nos encontrábamos era menester que el hielo gastado que quedaba al norte de la ría no se moviese durante la tormenta, pues entonces quedaría cortada nuestra retirada á tierra firme.

Salimos de los sacos de dormir á las once, y después de tomar café y algún alimento, comenzamos á dar vueltas por las inmediaciones de la tienda, chapoteando sobre la mojada nieve, sin tomar ninguna determinación. A las dos de la mañana (día 6) nos encontrábamos aún indecisos, tiritando de frío sobre los sacos de dormir ya recogidos. ¿Lograremos arrastrar el trineo salvando los baches producidos por el deshielo, ó nos veremos obligados á dejarlo abandonado con buena parte del equipo, para poder avanzar hacia tierra firme? Meditábamos sobre todo ello y calculábamos la impedimenta de qué más fácilmente podríamos prescindir, en el caso de que tuviéramos que dejar atrás parte de nuestra carga.

Poco á poco aclarábase el espesor de la nieve, de modo que pudimos ver, debajo de nosotros, la bahía donde recibimos un baño frío la mañana del día 3, y la isla en cuya parte exterior incuban los pájaros bobos *adelie*. Era una roca de toba oscura de algunos centenares de metros de longitud, cuyo aspecto agreste y triste nos indujo á que la llamásemos «isla del Diablo».

Durante el día 7 mejoró el tiempo, de modo que decidimos emprender el regreso á las cinco de la tarde. Felizmente descendió el termómetro algunos grados bajo cero y con esto, unido al frío de la noche, pudimos fácilmente caminar sobre una capa bastante firme de la nieve caída.

Los baches y cavidades también estaban cubiertas de una especie de escarcha dura que pocas veces se rompía. Rectificamos entonces el camino hacia el este para llegar sobre tierra firme más lejos de la embocadura de la gran ría, evitando así el confuso y molesto laberinto de las numerosas montañas de hielo.

Aumentó aún más el frío á la madrugada, de modo que el piso se hacía más seguro y la nieve crujía bajo nuestros patines y los palos no se hundían en ella. La providencia nos ofreció un tiempo inesperado y á propósito para el viaje sobre el hielo de mar, y ansiábamos llegar á tierra antes que surgiera un cambio desfavorable. Después de una marcha forzada alcanzamos, á las cuatro de la mañana del día 8, el hielo de la orilla.

Habíamos llegado en el momento propicio, porque al cabo de pocas horas sopló de nuevo la tormenta de nieve, haciendo oscilar violentamente nuestro pabellón. Entonces lo tomamos con más tranquilidad, sabiendo que nos encontrábamos en la misma tierra donde dejáramos el depósito.

Durante la noche del día 9 se despejó el firmamento y empezamos los preparativos para reanudar la marcha. El declive del hielo de tierra era aquí tan escarpado, que no podía salir el trineo con su carga completa. Cogimos cada uno un fardo del equipo y marchamos buen trecho arriba, salvando un formidable talud de canchales que se levantaba hacia el interior, paralelamente al cual debíamos arrastrar nuestro trineo sobre el hielo terrestre. Cerca de un gran bloque de piedra, en el declive del talud, dejamos nuestra carga, sirviéndonos de señal otras dos piedras que sobresalían del hielo de tierra, y bajamos luego para subir el trineo. Pero pronto cayó sobre nos-



El pescado se agitaba en la extremidad de la cuerda de piel de foca.

otros la tormenta de nieve con mayor fuerza que antes, obligándonos á suspender el trabajo.

Estábamos al abrigo de una alta pared que formaban los canchales, pero aun así la tormenta hizo temblar nuestra tienda, de tal modo, que temíamos que nos la llevara. Solamente á fuerza de precauciones pudimos aguantarla.

No cesábamos de pensar en el «Antártico»: ¿Dónde se hallaría nuestro buen buque? ¿Cómo seguirían á bordo nuestros compañeros? Recordábamos cómo se defendió durante la fuerte tempestad entre el hielo flotante, cerca de la isla de Shetland Meridional, y esperábamos que la suerte continuaría siéndoles propicia. Precisamente por entonces, mientras nosotros estábamos al abrigo de nuestra tienda deseándoles todo género de venturas, el «Antártico», durante la mañana del 11 de enero, recibía por compresión de una formidable masa de hielo, el golpe postrero que lo hundía para siempre en el fondo del mar.

Como nos habíamos acostado ya bien entrada la mañana, no nos despertamos hasta las cinco de la tarde, cuando ya había pasado completamente la tempestad. El tiempo era tan agradable y despejado que nos animaba á proseguir el viaje. Cuando transportamos el trineo sobre la primera pendiente escarpada, creímos que no sería difícil dar con los efectos que subimos; pero nos equivocamos de medio á medio. Montones de nieve de la altura de un hombre ocultaron los grandes bloques de piedra, cerca de los cuales colocamos nuestra impedimenta. Excavamos inútilmente durante un par de horas con los patines en el lugar donde creímos encontrarlo todo, hasta que por fin, cansados, tuvimos que dejar el trabajo y continuar el camino.

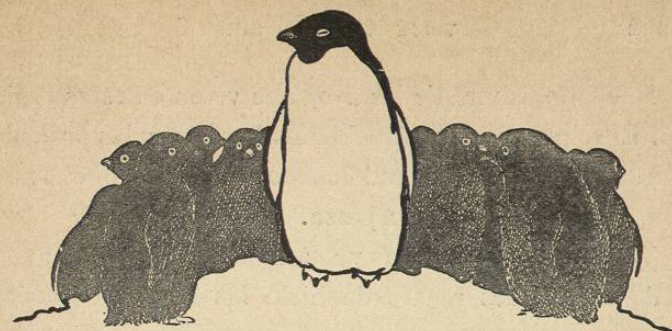
Resultó de todo esto una pérdida sensible é irreparable. Allí quedaron dos pequeñas máquinas fotográficas con todos sus clichés y películas (á excepción de una docena que llevaba el Kodak grande salvado por Duse), la mesa de trabajo, parte del material cartográfico y diversas colecciones, así como una porción de objetos útiles, tales como tijeras, tenazas, escarpas, clavos, etc. Afortunadamente habíamos guardado allí pocas prendas de ropa y no todas en muy buen uso. No dejaba de ser una buena lección que aprovecharíamos para precavernos en lo sucesivo contra las traidoras tormentas de nieve.

Desde el hielo de tierra interior disfrutamos una vista deliciosa sobre el golfo, hacia las islas de Cockburn y de Seymour, alcanzando á observar obscuras aberturas, fuera, en el hielo flotante.

Este tiempo apacible, despejado, no duró mucho. Una espesa neblina se levantó alrededor de nosotros, y nos vimos obligados á continuar la marcha durante algunas horas sin seguridad alguna y dirigidos únicamente por la brújula.

Caminamos penosamente cuesta arriba, y cada vez se presentaba el declive más y más escarpado. Como era muy accidentado el terreno tuvimos que esperar á que la niebla se disipara y acampamos sobre el declive, que por ser tan escarpado tuvimos que excavar con los picos para instalar la tienda. Poco rato después de haber acampado desapareció la niebla y ante nosotros se ofreció un sorprendente panorama. Al pie del declive se extendía la vasta llanura iluminada por el sol, y muy cerca, hacia el norte, se veía la superficie líquida azul oscura del estrecho del «Antártico».

Habíamos aprovechado el tiempo porque, cerca de nuestro campamento y precisamente por los sitios que habíamos cruzado, comenzaba el hielo de tierra á derretirse lentamente. Felizmente ante nosotros estaba el camino transitable hasta el lugar del depósito, y durante la mañana del día 13 montamos allí nuestra pequeña tienda en medio de los grupos de pájaros bobos que chillaban alborotados.



CAPITULO XII

Las aves en la bahía de la Esperanza

EN las zonas glaciales la Naturaleza ofrece un aspecto tan completamente extraño para quienes no las hayan recorrido, que no es fácil dar una exacta idea de todos sus accidentes. La Naturaleza sudpolar es seductora y magnífica, cuando durante los tranquilos días de verano resplandece la luz del sol alrededor de las escarpadas elevaciones sin hielo, sobre las variadas ondulaciones del hielo de tierra y sobre las extensiones móviles de los bloques flotantes. El espectáculo es aún más grande y encantador cuando concluyen los cortos días de invierno y el sol que se pone esparce una luz matizada de tan severas coloraciones, que la realidad supera á su descripción.

No se halla en estas regiones analogía alguna con los hermosos paisajes de otras latitudes, que abundan, por ejemplo, en nuestra patria. Todo es distinto: el mar, la tierra, el horizonte. Los panoramas en miniatura de admirable encanto se echan de menos en la tierra polar, donde todo es grande y majestuoso.